

CONTENIDO

Atribulado más allá de toda medida.....	2
El Consolador	4
¿Cómo nos consuela el Espíritu de Dios?	5
¿Dónde podemos encontrar Consuelo?.....	8
<i>En el Dios que consuela</i>	8
<i>En la debilidad que ayuda</i>	11
<i>En la conciencia que tranquiliza</i>	16
<i>En la tristeza que transforma</i>	19
<i>En el Espíritu que potencia</i>	22
<i>En la fe que ve</i>	25
<i>En la persona que se interesa</i>	27
<i>En la fuerza que sostiene</i>	30
Dónde empezar.....	32

¿DÓNDE PODEMOS ENCONTRAR CONSUELO?

Reflexiones profundas de 2 Corintios

¿Dónde pueden encontrar consuelo los seguidores de Cristo cuando las circunstancias los superan? En el Nuevo Testamento, la Segunda Carta de Pablo a los Corintios nos ayuda a contestar esta pregunta. En sus propias palabras, el autor de una de las epístolas más importantes que jamás se haya escrito explica cómo logró salir de algunas de sus horas más oscuras, con profundas reflexiones que hicieron que valiera la pena vivir.

Quiera el Señor que los descubrimientos de Pablo se conviertan en los nuestros y que también, cuando no nos quede otro lugar donde refugiarnos, encontremos que el propio «Padre de misericordias y Dios de toda consolación» llena nuestras vidas.

Martin R. De Haan II

ATRIBULADO MÁS ALLÁ DE TODA MEDIDA

Aun pastor de un barrio urbano marginal le preguntaron hasta dónde llegaba el problema de la drogadicción en su comunidad. El dolor se hizo evidente en su rostro, cuando respondió, «va más allá de toda medida».

Luego habló sobre lo que observa que les está sucediendo a las personas que él ama. Nos confesó que está luchando contra la realidad de que, de los 25 jóvenes que él y su esposa han cobijado en su propio hogar, casi todos volvieron a las calles y al tráfico de drogas. Se entristece cuando ve a jóvenes que tienen que enfrentar la elección entre trabajar por un salario mínimo o vender drogas por 1.500 dólares al día. Se siente abrumado de que tantos de estos jóvenes parezcan estar destinados a la delincuencia, la prisión y la desesperanza.

Las personas que sufren necesitan palabras de consuelo. Pero también necesitan algo más que palabras. [...] Necesitan una voz tranquilizadora que les diga de manera firme, pero amable: «Aquí estoy. No temas».

Los sentimientos de este pastor de ese barrio urbano marginal son similares a las preocupaciones que les destrozan el corazón a los capellanes militares. ¿Qué pueden hacer los ministros uniformados por esos valientes hombres y mujeres que sobreviven a los campos minados y las emboscadas del enemigo, sólo para regresar a casa con los recuerdos del

campo de batalla marcados en sus almas? ¿Qué consuelo pueden darles a aquellos que despiertan empapados de sudor en medio de la noche, reviviendo los terrores de los campos de ejecución, volviendo a experimentar las ensordecedoras explosiones que recibían de la artillería, sintiéndose culpables por el simple hecho de estar vivos?

Sin embargo, tales dolores no se limitan a los campos de batalla o las calles de una ciudad. ¿Quién no siente en su corazón el dolor por la pérdida de un ser querido, una salud quebrantada o la angustia mental y emocional que experimenta algún pariente o amigo? ¿Quién puede medir los problemas que soportan los hijos de alcohólicos, las víctimas de abuso sexual o las incontables personas que han aprendido a ofrecer una sonrisa y cumplir con un exigente día de trabajo mientras ocultan una historia de sufrimiento personal?

Las personas que sufren necesitan palabras de consuelo. Pero también necesitan algo más que palabras. Necesitan que alguien les aligere el peso de su soledad, su salud quebrantada y su desesperación. Necesitan una voz tranquilizadora que les diga de manera firme, pero amable: «Aquí estoy. No temas».

Sin embargo, muy a menudo ese consuelo no llega. Al final, muchos de nosotros aprendemos que incluso el mejor progenitor, amigo, cónyuge o jefe no nos pueden dar la tranquilidad y la seguridad que queremos para nosotros y para los demás.

Y, cuando no hay nadie más a quien acudir, sólo entonces podemos orar como el rey David:

Oye, oh Jehová, mi voz con que a ti clamo; ten misericordia de mí, y respóndeme. Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová; no escondas tu rostro de mí. No apartes con

ira a tu siervo; mi ayuda has sido. No me dejes ni me desampares, Dios de mi salvación. Aunque mi padre y mi madre me dejaran, con todo, Jehová me recogerá (Salmo 27:7-10).

EL CONSOLADOR

Cuando el rey David oró invocando la presencia consoladora de Dios (Salmo 27:1-10), sabía que estaba pidiendo más tranquilidad de la que ningún mortal podía dar. Sin embargo, lo que no podía saber es que, un día, una persona de carne y hueso estaría delante de un grupo de atribulados discípulos y les diría:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. [...] La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo (Juan 14:1,27).

El Maestro que dijo estas palabras hizo algo más que hablar. Él demostró Su credibilidad al ayudar a hombres y mujeres atribulados. Calmó tormentas, sanó piernas atrofiadas y paralíticas, dio vista a los ciegos y alimentó a miles con el pequeño almuerzo de un niño. Y, justo antes de volver a Su Padre, respaldó Su ofrecimiento de consuelo, diciendo:

Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad... (Juan 14:16-17).

Cuando Jesús se refirió al Espíritu Santo como el Consolador, usó una palabra que quería decir «alguien llamado a acompañar». Tan importante sería este Consolador prometido para Sus discípulos, que el Señor dijo:

Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas

si me fuere, os lo enviaré
(Juan 16:7).

Unas semanas después, vino el Consolador, quien no sólo estaría con los seguidores de Jesús, sino también en ellos.

¿CÓMO NOS CONSUELA EL ESPÍRITU DE DIOS?

Una de las cosas que aprendemos de la Biblia es que el Espíritu de Cristo que nos tranquiliza y nos da seguridad trabaja de maneras que no son siempre como las nuestras. Esto queda gráficamente ilustrado en la vida de alguien que quizá experimentó tanta tribulación como cualquier veterano de guerra, adicto, víctima de abuso sexual o persona desconsolada que jamás hayas conocido. Sin embargo, a pesar de todo su dolor, lo superó alabando al «Padre de misericordias y

Dios de toda consolación»
(2 Corintios 1:3).

Lo conocemos como el apóstol Pablo, el asesino convertido en consejero espiritual creyente. Como representante de Cristo, maltratado, magullado y a menudo sufriente, Pablo es un ejemplo de cómo el Espíritu de Dios puede dar consuelo y ayuda en medio de la tribulación; de alguien que pudo superar los recuerdos tormentosos de lo que les había hecho a otros (Hechos 8:1-3; 1 Timoteo 1:12-17) y de lo que los otros le habían hecho a él.

***Pablo es un
ejemplo de cómo
el Espíritu de Dios
puede dar consuelo
y ayuda en medio
de la tribulación.***

Para darnos una idea de todo lo que había soportado a lo largo del camino, Pablo escribió:

De los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes menos uno. Tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado como náufrago en alta mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez (2 Corintios 11:24-27).

Sin embargo, Pablo fue más que un sobreviviente. Si bien recordaba y llevaba las cicatrices del pasado, no estaba quebrantado ni amargado por sus recuerdos. Podía mirar atrás y ver que los momentos más oscuros habían, en realidad, preparado el camino para un amanecer. Escribió convincentemente

acerca de una fuente de consuelo misteriosa, aunque real, que lo había liberado de sus recuerdos:

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. [...] estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos (2 Corintios 1:3-4; 4:8-9).

¿Cuál era el secreto de Pablo? ¿Acaso su umbral de dolor era tan elevado que no sentía como lo hace el resto de nosotros? ¿Acaso su cuerpo estaba desprovisto de nervios? ¿O se había consumido tanto que era como un boxeador de ojos vidriosos que sigue

volviendo para recibir más golpes, sin importar cuántas veces lo derriben? No creo que sea correcto exponer los argumentos a favor de ninguna de estas opciones. Pablo era un excelente candidato para la desilusión, pero seguía sintiéndose renovado porque tenía un objetivo para su propia vida y para la de otros.

Así que, ¿cuál era su secreto? Esto es lo que examinaremos en el resto de este estudio. Podemos aprender mucho acerca del consuelo al considerar la historia de su vida tal como se narra en la Segunda Carta a los Corintios, su epístola más personal. Allí encontraremos una serie de conceptos que nos permitirán comprender profundamente la mente y el corazón de un hombre que era un testimonio vivo del consuelo de Dios. En las propias palabras de Pablo, encontraremos una explicación acerca de su capacidad para sobrevivir a experiencias que han quebrantado a otros. En 2 Corintios veremos algunas

de las numerosas maneras en que el apóstol experimentó el amor y el consuelo divinos, y también la forma en que nosotros podemos encontrar liberación y alivio.

***Probablemente,
el «Dios de toda
consolación» nos
pida que dejemos
los valles del pasado
y que escalemos las
montañas de nuestro
futuro: una nueva
manera de vivir
y de amar.***

Una de las primeras cosas que aprenderemos de la experiencia de Pablo es que nuestras expectativas tal vez sean parte del problema. Es probable que no queramos nada más que un cálido abrazo y una palabra tranquilizadora que nos vuelvan a poner de pie

y nos reincorporen a nuestras actividades habituales. Pero la experiencia de Pablo en cuanto al consuelo muestra de maneras sumamente específicas que quizá Dios no quiera que regresemos adonde estábamos. Probablemente, el «Dios de toda consolación» nos pida que dejemos los valles del pasado y que escalemos las montañas de nuestro futuro: una nueva manera de vivir y de amar.

¿DÓNDE PODEMOS ENCONTRAR CONSUELO?

EN EL DIOS QUE CONSUELA (2 CORINTIOS 1:3-7)

Pablo es un ejemplo de lo que puede sucederles a una mente y una vida que han sido tocadas y transformadas por el amor de Dios. Ilustra cuán ricas pueden llegar a

ser nuestras vidas cuando aprendemos a encontrar seguridad y paz en el «Padre de misericordias y Dios de toda consolación». También muestra cuánta satisfacción podemos hallar cuando, al haber sido cambiados por el amor del Señor, llegamos a preocuparnos más por las necesidades de los demás que por las nuestras. Con esto en mente, Pablo alabó a Dios...

... el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Porque de la manera que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación (2 Corintios 1:4-5).

Pablo nos hace saber que Dios está especialmente interesado en consolar a aquellos que están dispuestos

a unirse a Cristo para cuidar a los demás. En otra carta del Nuevo Testamento, el apóstol escribió:

Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo, por su cuerpo, que es la iglesia
(Colosenses 1:24).

En otras palabras, Cristo solo había sufrido para pagar el precio por nuestros pecados. Nadie más podía hacerlo. ¡La obra de la cruz estaba terminada, de una vez y para siempre! Sin embargo, lo que Pablo podía hacer, con la ayuda de Dios, era unirse a Cristo y estar dispuesto a vivir por los intereses de los demás. Al igual que Cristo, Pablo renunció a su bienestar temporal para ir a rescatar a aquellos que necesitaban ayuda.

Eso era sinónimo de problemas. Para Pablo, significaba exponerse a diario a circunstancias que amenazaban su vida (1 Corintios 15:31; 2 Corintios 4:8-11). Denotaba

una disposición diaria a morir, si era necesario, para mostrar el amor de Dios. Sin embargo, en el proceso, se admiraba ante la capacidad del Señor para compensar cualquier tribulación que él sufriera a lo largo del camino.

Dios está especialmente interesado en consolar a aquellos que están dispuestos a unirse a Cristo para cuidar a los demás.

Esto es cierto para todo hijo de Dios. El Señor ofrece esperanza y consuelo a prisioneros, víctimas, veteranos de guerra y oprimidos. Todos los que estamos en Cristo podemos aprender a morir a nuestros intereses egocéntricos para que la vida y el amor poderosos

de Dios puedan fluir a través de nosotros. No es un camino fácil. No se trata de hacer alguna cosa que brota con naturalidad, sino de algo que surge de manera sobrenatural cuando decidimos unirnos al Cristo resucitado en Su amor a los demás.

Todos los que estamos en Cristo podemos aprender a morir a nuestros intereses egocéntricos para que la vida y el amor poderosos de Dios puedan fluir a través de nosotros.

A corto plazo, este enfoque del consuelo tal vez implique sufrir. Nos dolerá dejar de lado los pensamientos referentes a preocupaciones personales. Los esfuerzos para poner en práctica la oración intercesora, la disciplina de escribir cartas

y el visitar a quienes viven en soledad implican un proceso difícil y doloroso. Sin embargo, hasta que no estemos dispuestos a exponernos al riesgo y el dolor de sufrir con Cristo, no conoceremos la plenitud de Su consuelo. Lo que es aún más importante, sólo cuando experimentemos el amor tranquilizador de Dios, seremos capaces de transmitir ese ánimo a los demás como lo hizo Pablo. De hecho, cuanto más compartamos el amor y el consuelo de Dios, tanto más los experimentaremos en nuestras propias vidas.

Dicho esto, debemos tener cuidado de no sobrecargar a las personas equivocadas. Hay momentos cuando el dolor es tan intenso que debemos dejar que siga su curso. El «período de inactividad» es parte del plan de Dios. Cuando Él nos pone de rodillas en nuestra debilidad, debemos aceptar el tiempo de inactividad como parte de Su obra en nuestras vidas. Posteriormente, hablaremos más de esto.

*Hay momentos
cuando el dolor
es tan intenso que
debemos dejar que
siga su curso.*

Lo que acabamos de analizar es lo que se necesita de quienes tenemos más tendencia a dejar que la autocompasión y la preocupación por nosotros mismos empeoren las cosas. Necesitamos comprender que el consuelo no debe verse como un fin en sí mismo, sino considerarlo (1) un derivado del sufrimiento con Cristo y (2) una preparación que nos habilita para consolar y animar a otros que también sufren.

**Medita en
2 Corintios 1:3-7.**

1. ¿A quién consuela Dios? (vv. 3-5).
2. ¿Qué nos identifica como personas que sufrimos por Cristo?

3. ¿Por qué Dios nos consuela? (v. 4).
4. ¿De qué manera puede nuestro consuelo ser consuelo para los demás?
5. ¿Cómo pueden los demás recibir este consuelo? (v. 7).
6. ¿Cuánto consuelo puede dar Dios? (v. 3).

**EN LA DEBILIDAD
QUE AYUDA
(2 CORINTIOS 1:8-11)**

Ya hemos visto que Pablo comenzó esta carta teniendo en mente el consuelo. Notamos que no consideró que su consuelo era algo exclusivo para él, sino que descubrió que el solaz y la paz de Dios que había experimentado lo ayudaron a guiar a sus lectores hacia ese mismo punto de consolación espiritual (1:6-7).

Veamos ahora qué más usó el Espíritu Santo para guiar a Pablo a conocer de este modo al «Dios de toda consolación».

El siguiente pasaje añade una perspectiva adicional a lo que el apóstol ya había dicho sobre la obra consoladora de

Dios. Muestra un consuelo que sólo se encuentra cuando aprendemos a depender del Señor en vez de supeditarnos a nosotros mismos.

Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia; pues fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos; el cual nos libró, y nos librá, y en quien esperamos que aún nos librá, de tan grande muerte (2 Corintios 1:8-10).

Aquí vemos que Pablo sólo encontró consuelo después de llegar al límite de su capacidad. Por medio de pensamientos y sensaciones de debilidad y desesperación, Dios lo guió a una esperanza

tranquilizadora que nunca habría podido conocer si solamente hubiera vivido situaciones agradables. Fue en un momento de impotencia que Pablo aprendió a depender del Señor y a cobrar ánimo en la capacidad del Señor para liberarlo de la sombra de muerte (v. 9).

Las riquezas del consuelo de Dios no se encuentran en la autosuficiencia, que es la consecuencia lógica de los buenos tiempos.

El apóstol descubrió lo que ningún siervo y amigo de Cristo puede darse el lujo de desaprovechar. Halló que las riquezas del consuelo de Dios no se encuentran en la autosuficiencia, que es la consecuencia lógica de los buenos tiempos. Encontró que, sólo cuando llegamos al límite

de nuestra capacidad, estamos en condiciones de comprender más de Dios de lo que jamás aprendimos.

Sólo cuando llegamos al límite de nuestra capacidad, estamos en condiciones de comprender más de Dios de lo que jamás aprendimos.

Al igual que Job, el patriarca del Antiguo Testamento (Job 1), Pablo aprendió que la tribulación no sólo les llega a los impíos. Experimentó en carne propia que alguien que ama a Dios también puede quedarse sin fuerzas. Un fiel seguidor de Cristo puede atravesar una agonía física casi insoportable (2 Corintios 1:8-9; 4:8-10; 6:4-10; 11:22-33), una profunda angustia del alma (2:4) y una falta de paz personal (2:13) antes de tomar conciencia de cuán completa

y maravillosamente puede consolar el Señor (1:3).

La historia de Pablo es importante porque muestra los estados de ánimo y las etapas que experimentó como fiel seguidor de Cristo. No anduvo por allí sintiéndose el exponente de una raza superior (2 Corintios 4:7-5:4), sino que se dio cuenta de que la vida en el Espíritu no se vive constantemente en las cumbres de las experiencias emocionales.

Por eso, escribió: «Porque hermanos, no queremos que ignoréis acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino» (1:8). Así como no hay ganadores si no hay competiciones, no hay vencedores si no hay luchas, no hay salario si no hay trabajo, Pablo sabía que para los seguidores de Cristo no hay corona de consuelo sin una cruz de sufrimiento.

Pero ¿por qué es esto necesario? Tal como lo descubrió el apóstol, la tribulación proporciona un

entorno para el crecimiento. Aprendió que, cuando tenemos «sentencia de muerte sobre nosotros», es para que no confiemos en nosotros mismos, «sino en Dios que resucita a los muertos» (1:9).

***Sin una
circunstancia que
exponga nuestra
debilidad, nos
confundiríamos.
Pensaríamos que
somos inteligentes,
fuertes o
competentes por
mérito propio.***

El entrenador sabio les dice a los miembros de su equipo, que llevan sus cuerpos al límite en carreras cortas a máxima velocidad: «Sin dolor, no hay ganancia». Nuestro sabio Señor quiere que aprendamos algo similar:

Sin una circunstancia que exponga nuestra debilidad, nos confundiríamos. Pensaríamos que somos inteligentes, fuertes o competentes por mérito propio. Sin situaciones que revelen nuestra necesidad del Señor, nos conformaríamos con una vida repleta de nosotros mismos en vez de llena de Él.

Los tiempos difíciles revelan nuestra necesidad de Dios como no pueden hacerlo los buenos momentos. Esta es una razón por la que nuestro Señor no exime a nadie de la realidad de que vivimos en un mundo maldito por el pecado. Para descubrir profundamente nuestra necesidad de Él, hay momentos en que debemos permitir que la tribulación siga su curso. En vez de tratar de resistirnos y negar lo que está más allá de nuestra capacidad de control, necesitamos aceptar el dolor, la debilidad e incluso la desesperación, considerando que son temporadas invernales para el crecimiento cristiano.

No tenemos que sentirnos culpables simplemente porque experimentemos profundas sensaciones de debilidad, insensatez e incompetencia. En vez de sentirnos espiritualmente fracasados, incapaces de cumplir con lo que hay que hacer por los demás, debemos dejar que la tribulación lleve a cabo su dolorosa obra de conducirnos al Señor.

***Los tiempos difíciles
revelan nuestra
necesidad de Dios
como no pueden
hacerlo los buenos
momentos.***

No nos engañemos en cuanto al consuelo de Dios. Como en el caso de Pablo, quizá venga precedido por experiencias devastadoramente difíciles. Nuestro solaz es que, en el tiempo de Dios, el consuelo finalmente les l

lega a aquellos que ponen su debilidad al servicio del Señor. ¡El consuelo llegará para la persona que permita que sus problemas lo lleven a depender del Señor! No necesitamos verlo para saber que está llegando.

**Medita en
2 Corintios 1:8-11.**

1. ¿A qué somos propensos y de qué somos ignorantes? (v. 8).
2. ¿Por qué podríamos experimentar debilidad? (v. 9).
3. ¿Hasta dónde podrían llegar nuestros problemas? (v. 10).
4. ¿Qué perspectiva puede darnos el pasado? (v. 10).
5. ¿De qué manera puede nuestra debilidad ayudar a los demás? (v. 11)
6. ¿Cuán importante es la debilidad?
7. ¿Qué pasa si no sentimos debilidad alguna?
8. ¿Qué errores se corrigen por medio de este pasaje?

EN LA CONCIENCIA QUE TRANQUILIZA (2 CORINTIOS 1:12-14)

Lo que hemos dicho hasta ahora acerca del consuelo es verdad, pero aquí no termina la historia. El consuelo no sólo se encuentra en el amor de Dios ni está solamente en hacer que nuestra debilidad nos traiga beneficios. También se halla en la tranquilidad que brinda una buena conciencia.

Una buena conciencia y el papel consolador, ayudador y alentador del Espíritu Santo van de la mano. El Espíritu no traerá a nuestros corazones la paz tranquilizadora de la presencia del Señor si estamos violando nuestra conciencia. Además de la Palabra escrita de Dios, tenemos la conciencia que, aunque imperfecta, obra como un indicador interno que nos dice si estamos en sintonía con Su Espíritu. Observa la confianza que Pablo experimentó al saber que su corazón no lo condenaba:

*Porque nuestra gloria
es esta: el testimonio de*

nuestra conciencia, que con sencillez y sinceridad de Dios, no con sabiduría humana, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en el mundo y mucho más con vosotros (2 Corintios 1:12).

Como apóstol de Cristo, Pablo podría haber usado su autoridad espiritual como una oportunidad para beneficiarse personalmente. Podría haber considerado todo contacto con los corintios como una ocasión para ver qué provecho sacar. Podría haber adulado a la iglesia con cumplidos hipócritas o haberla maltratado con requerimientos legalistas que hubiesen centrado la atención en él más que en el cielo. En cambio, el apóstol encontró paz mental en el hecho de saber que se había arriesgado a ocuparse lo suficiente en los corintios como para enfrentarlos en relación a ciertos problemas que estaban alterando la salud espiritual de ellos y arruinando su reputación en la comunidad.

Pablo se enfrentó a una serie de problemas de este tipo en su Primera Carta a los Corintios. Esa epístola recibió una respuesta mixta. Algunos la aceptaron como un mensaje de parte de Dios y actuaron conforme a ello (2 Corintios 2:1-11). Sin embargo, otros respondieron acusando al apóstol de inmiscuirse en asuntos que no le correspondían. Lo acusaron de tratar de explotarlos para beneficio personal.

***Nada nos robará
más el consuelo y la
ayuda del Consolador
de nuestras almas
que un sentimiento
de culpa no resuelto.***

Estas acusaciones lo lastimaron, pero no tanto como si hubiesen sido ciertas. Él sabía que había sido honesto con ellos. Aun cuando los corintios atacaron su

integridad al acusarlo de no continuar con sus planes de visitarlos, tuvo una explicación que apuntaba a los mejores intereses de ellos (2 Corintios 1:23-24): dijo que su conciencia estaba limpia.

Con la confianza de una buena conciencia, Pablo compartió el consuelo expresado por Job hacía tantos años. Ambos sufrieron intensamente. Ambos tuvieron que enfrentar acusaciones injustas. Pero ambos eran íntegros. Ambos cobraron ánimo al saber que habían estado viviendo para bien de los demás (ver Job 29-31).

Nada nos robará más el consuelo y la ayuda del Consolador de nuestras almas que un sentimiento de culpa no resuelto. Si nuestra conciencia está atribulada, necesitamos limpiarla. Sin perder ni un minuto más, tenemos que ir a la cruz de Cristo. Es allí donde encontramos a Aquel que sufrió a favor nuestro para soportar el sufrimiento y

el dolor por todos
nuestros pecados.

Si nunca lo has hecho
antes, puedes aceptar en
este momento el sacrificio de
Cristo, quien murió en tu lugar.
Las Escrituras nos aseguran
que Dios perdonará a todo
el que crea en Su Hijo
(Hechos 13:38-39).

***Si confesamos
nuestros pecados, él
es fiel y justo para
perdonar nuestros
pecados y limpiarnos
de toda maldad.***

—1 Juan 1:9

Si ya has confiado en
Cristo como tu Salvador,
puedes confesarle tus pecados
directamente a Dios. Puedes
reclamar la promesa de 1 Juan
1:9: «Si confesamos nuestros
pecados, él es fiel y justo para
perdonar nuestros pecados y
limpiarnos de toda maldad».

Entonces, si fuera posible,
es importante confesarles tu
error a aquellos a quienes
has herido. No te preocupes
de darles más argumentos en
tu contra. Hazles saber que
has confesado tus pecados
a Dios y que aceptas toda
la responsabilidad de tus
acciones. Diles que deseas
tener una conciencia limpia,
tanto con Dios como con ellos.

Si has mentido, admítelo.
Si has herido a otros por
negligencia, robo, engaño o
calumnia, busca su perdón.
Si has abusado de algún
miembro de tu familia, ya
sea física o emocionalmente,
expésale a esa persona tu
profundo pesar y prepárate
para dedicar el tiempo o llevar
a cabo las acciones necesarias
para restaurar la relación.

No hagas esto simplemente
porque quieres el perdón
y la misericordia de la otra
persona. Puede ser que no
los recibas. Tienes que admitir
tus errores porque es lo que
debe hacerse delante de
Dios. Encuentra en el Señor

no sólo la fuerza que puede hallarse en Su perdón, sino también el consuelo de una buena conciencia.

Medita en

2 Corintios 1:12-14

1. ¿Qué ayuda a que tu propia alma esté en paz? (v. 12).
2. ¿Qué factores ayudan a la conciencia para que nos dé una interpretación precisa? (vv. 12,21-22).
3. ¿Qué es más importante que nuestra conciencia? (1 Corintios 4:4).
4. ¿Cuánto peor podría haber sido el sufrimiento de Pablo y Job si hubiesen usado a las personas en vez de haberlas ayudado?
5. ¿Qué consuelo hay disponible para alguien con una mala conciencia? (Hechos 13:38-39; Efesios 1:7; 1 Juan 1:9).
6. ¿Por qué y cuándo es importante confesar nuestras faltas no sólo a Dios sino también a las personas? (Mateo 5:23-24; Lucas 17:3-4; Santiago 5:16).

7. ¿Qué tipos de sufrimiento has visto que han empeorado por una mala conciencia?

EN LA TRISTEZA QUE TRANSFORMA (2 CORINTIOS 2:4-11; 7:8-12)

Nadie quiere sufrir. Sin embargo, cuando llega el sufrimiento, es demasiado costoso como para desperdiciarlo. La tristeza debe servir a un buen propósito. Esto es verdad, ya sea que estemos sufriendo por la pérdida de un ser querido, de la salud o por cualquier otro trágico revés. Si la energía de la tristeza puede generar algún cambio positivo, es posible sentir que el sufrimiento o la pérdida no fueron en vano.

En ningún otro caso es más cierto que cuando lloramos por el pecado. No hay ningún otro tipo de sufrimiento que contenga una promesa más importante. Esto es cierto, ya sea que estemos quebrantados por el pecado

que encontramos en nuestro interior o en alguien a quien amamos. Es el sufrimiento que Jesús tenía en mente cuando dijo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación» (Mateo 5:4).

Pablo conocía este tipo de angustia del corazón y los resultados alentadores que le siguen (2 Corintios 7:8-12). Se dio cuenta de que vale la pena llorar por el pecado. Analicemos las emociones que describió después de enfrentar el pecado en la vida de los corintios:

Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo (2 Corintios 2:4).

Entonces, también tenemos que tomar nota del aliento y el consuelo que el apóstol reclamó cuando se hizo evidente que el hombre que había sido confrontado

y expulsado de la iglesia (1 Corintios 5:1-13) se había arrepentido de su pecado. Ante el cambio de mentalidad del hombre, el consuelo de Pablo reflejó el corazón de Dios:

Le basta a tal persona esta reprehensión hecha por muchos; así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza. Por lo cual os ruego que confirméis el amor para con él (2 Corintios 2:6-8).

**... el amor
cubrirá multitud
de pecados.**

—I Pedro 4:8

Aquí el apóstol enfatizó la importancia de brindar un sistema de apoyo para la vida espiritual de la persona que ha respondido a la corrección.

Puso en claro que, una vez que una persona se ha

arrepentido de sus pecados, los otros creyentes deben consolarlo. Tienen que reflejar el corazón del Dios de toda consolación, el Dios que nos recuerda que «el amor cubrirá multitud de pecados» (1 Pedro 4:8).

***El Dios de toda
consolación envía a
Su Espíritu y a Su
pueblo para consolar,
animar y sostener
a aquellos que han
experimentado el
tipo de sufrimiento
que transforma
los corazones.***

En los versículos 10 y 11, Pablo prosiguió mostrando que debemos ser conscientes de que una de las tácticas de Satanás es alentar la exageración del sufrimiento. Advirtió que el no tener un espíritu perdonador,

consolador y restaurador nos deja totalmente expuestos a que Satanás se apodere de nuestra vida.

Cuando la corrección de la iglesia ha cumplido su labor, debe ir seguida de una demostración abundante de amor restaurador. La acción correctiva debe ir acompañada del aliento que se les da a todos los involucrados, tanto a los que enfrentan a los pecadores como a los que han aceptado la corrección:

Porque aunque os contristé con la carta, no me pesa, aunque entonces lo lamenté; porque veo que aquella carta, aunque por algún tiempo, os contristó. Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte. Porque la tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para

salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte (2 Corintios 7:8-10).

Este es el sufrimiento que conduce a la vida y no al pesar y la muerte; desde luego, el tipo de sufrimiento más significativo. Es el sufrimiento que no se desperdicia.

Sólo recuerda que Dios no ofrece Su consuelo a aquellos que sufren porque simplemente fueron descubiertos haciendo algo malo. Tampoco consuela por medio de Su Espíritu Santo a aquellos que están sufriendo como resultado de su propia insensatez, sin experimentar ningún cambio de mentalidad ni de corazón. El Dios de toda consolación envía a Su Espíritu y a Su pueblo para consolar, animar y sostener a aquellos que han experimentado el tipo de sufrimiento que transforma los corazones.

Medita en

2 Corintios 2:4-11

1. ¿Por qué debe sufrir un hombre bueno? (v. 4).

2. ¿Cuántos deben llorar por el pecado público? (v. 5).
3. ¿Cuál es el peligro de la disciplina de la iglesia? (vv. 6-7).
4. ¿Cómo podría reafirmarse el amor? (v. 8).
5. ¿Qué puede darle a Satanás un punto donde afianzarse? (v. 11).

EN EL ESPÍRITU QUE POTENCIA (2 CORINTIOS 3:1-6; 3:17-4:1)

Ten en mente que estamos tratando de entender los factores que capacitaron al apóstol Pablo para encontrar consuelo en medio de enormes dificultades. ¿Por qué no se desmoronó bajo el peso de sus problemas? ¿Por qué no respondió a las críticas de los corintios diciendo algo así como: «¡Olvídate de esta gente! ¿Acaso creen que hago esto para mi bienestar personal? No sirve de nada. Si creen que van a morder la mano que les da de comer y aún salirse con la suya, van a

romperse la cara contra el suelo. Si metieron la pata, que se arreglen».

¿O por qué Pablo no dijo: «¡Uf, para qué me complico! Miren lo que consigo de todo mi arduo trabajo y abnegación. Ya no soporto más. Merezco más respeto del que me muestran. Ya no puedo seguir dedicándome a ayudar a las personas. Si lo hago, voy a quedar totalmente agotado. Si me quedo aquí un día más, perderé todo mi amor propio. Merezco algo mejor que esto»?

¿Por qué no respondió así? Observemos lo que escribió en el primer versículo del capítulo 4:

Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos.

¿Cuál era el ministerio que hacía que Pablo no desfalleciera en medio de toda su tribulación? El capítulo anterior nos dice qué pensaba:

No que seamos competentes por nosotros mismos

para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios, el cual asimismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica. [...] Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor. Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos (3:5-6,17-4:1).

El capítulo 3 explica cuál es el fundamento de la confianza de Pablo. Estaba ofreciéndole al mundo mucho más que reglas y normas. De alguna manera misteriosa, pero real, ofrecía un «nuevo pacto [...]

del espíritu» (3:6). Quería que los corintios se dieran cuenta de que su confianza no sólo se encontraba en la Palabra escrita, sino también en la presencia del Espíritu del Señor que da poder, ánimo, ayuda y consuelo.

Al decir esto, el apóstol no estaba mostrando indiferencia hacia la Palabra de Dios. Él la amó, la escribió, la enseñó. Arriesgó su vida para comunicarla. No obstante, su verdadera esperanza y su aliento no se hallaban simplemente en palabras. La fortaleza y la suficiencia que experimentaba se encontraban en lo que sabía acerca del Espíritu de Dios que transforma vidas.

Muy a menudo, no logramos ver que las palabras y las leyes de Dios no tienen que ser un fin en sí mismas, sino el medio para un fin. Su objetivo es ayudarnos a tener intimidad con el Espíritu de Dios. Las reglas nos muestran nuestra necesidad de Cristo. Las palabras nos muestran Su

mente. Pero, si no confiamos en la suficiencia del Espíritu de Cristo terminaremos agotados, como a menudo les sucede a quienes ayudan a otras personas.

Pablo debería ser un motivo de estímulo para nuestras vidas. En todas sus tribulaciones, cobró ánimo porque sabía que estaba trabajando con el Espíritu, el cual podía hacerlo competente para cualquier tarea.

¿Necesitas consuelo hoy? Entonces, ora en asociación con el Espíritu del Señor. Lee la Palabra de tal modo que te ayude a lograr depender nuevamente del Espíritu. Descubre por ti mismo cómo fue que el profundamente atribulado Pablo pudo decir: «Por lo cual [...] no desmayamos».

Medita en 2 Corintios 3:1-6 y 3:17-4:1

1. ¿Cuál fue la carta de garantía de Pablo? (vv. 1-3).
2. ¿Quién escribió esta carta de garantía? (v. 3).

3. ¿Cómo encontró Pablo confianza en esto? (vv. 4-5).
4. ¿Por qué la dependencia sólo en la Palabra de Dios no es suficiente? (v. 6).
5. ¿Qué le dio a Pablo la capacidad para no desfallecer? (3:17-4:1).

EN LA FE QUE VE (2 CORINTIOS 4:7-5:12)

La Segunda Carta de Pablo a los Corintios también muestra el papel que la fe desempeñó para hacerlo capaz de alabar al «Dios de toda consolación». Si el apóstol no hubiese aprendido a confiar en los ojos del Señor, en vez de depender de los suyos, no habría podido soportar las mareas de dolor y sufrimiento que habitualmente iban y venían a su vida. Si hubiese decidido creer solamente en lo que podía ver con sus ojos físicos, su vida se habría llenado de desesperación. Por lo tanto, escribió:

Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a

lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos, sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús, a nosotros también nos resucitará con Jesús, y nos presentará juntamente con vosotros. Porque todas estas cosas padecemos por amor a vosotros, para que abundando la gracia por medio de muchos, la acción de gracias sobreabunde para gloria de Dios. Por tanto no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas (2 Corintios 4:13-18).

Este énfasis en la fe que produce consuelo no

significa que el Señor quiera que abandonemos nuestro sentido de buen juicio y de razonamiento. Todo lo contrario. Él quiere que admitamos que tiene mucho más sentido confiar en el Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos que en las circunstancias que nos rodean, las cuales siempre están cambiando.

A menudo, dependemos de la palabra de nuestros familiares, amigos o compañeros de trabajo, quienes nos hablan de cosas que han visto y que se encuentran más allá de nuestro campo visual. Sin embargo, necesitamos confiar en Dios para lo que sólo Él puede ver. Al hacerlo, nos uniremos al motivo que Pablo tenía para no desfallecer. Sin importar lo que nos digan nuestras emociones y las circunstancias que nos rodean, podemos creer que...

- la tribulación es algo temporal, simplemente porque Dios lo dice;

- servir a los demás vale la pena, simplemente porque Dios lo dice;
- somos inmortales, simplemente porque Dios lo dice;
- nuestro futuro final es brillante, simplemente porque Dios lo dice.

Pablo mantuvo la fe en medio de las situaciones más agresivas, desalentadoras y perplejas (4:8-10). Esa fe, vigorizada por el Espíritu de Dios, le dio la capacidad de ser el siervo indómito y desafiante de la muerte que demostró ser. No sólo alentó su corazón, sino que lo capacitó para generar también en otros un renovado espíritu de acción de gracias (4:15).

Medita en **2 Corintios 4:7-5:12**

1. ¿Cuál fue el secreto de Pablo para ser un sobreviviente? (4:7-11).
2. ¿Qué perspectiva puede darnos Cristo? (4:11).
3. ¿Qué perspectiva puede darnos la fe? (4:13-14).

4. ¿Qué perspectiva pueden darnos los demás? (4:14-15).
5. ¿Por qué Pablo no se desalentó? (4:15-16).
6. ¿Cuál era la perspectiva de Pablo? (5:17-18).

EN LA PERSONA QUE SE INTERESA (2 CORINTIOS 7:4-10)

Otro hecho que claramente se evidencia en 2 Corintios es que Dios a menudo trabaja por medio de personas que consuelan. A partir del ejemplo práctico de Pablo, podemos ver que la ayuda y el consuelo del Espíritu Santo suelen llegar a través de hermanos y hermanas en Cristo. Nos acompañan y se convierten en el vehículo de consuelo usado por el Espíritu de Dios. Las Escrituras confirman esto una y otra vez cuando se nos llama a consolarnos y animarnos unos a otros. Con respecto a esto, el papel del Consolador se lleva a cabo por medio de todo hijo de Dios que acompañe a alguna

persona que está sufriendo (2 Tesalonicenses 2:16-17; Hebreos 3:13).

Quizá esta dimensión del consuelo del Espíritu no parezca mística o sobrenatural, pero lo es en varios aspectos. Quienes se comprometen a desempeñar un papel de animar a otros a menudo percibirán que no están haciendo esta labor de consolación por sí solos. Con mucha frecuencia, sentirán que es Dios quien, en realidad, está consolando a los demás por medio de ellos.

Eso es exactamente lo que vemos en esta carta de Pablo a los corintios. Él escribió:

Mucha franqueza tengo con vosotros; mucho me glorío con respecto de vosotros; lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones. Porque de cierto, cuando vinimos a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestro cuerpo, sino que en todo fuimos atribulados; de fuera, conflictos; de dentro,

temores. Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la venida de Tito; y no sólo con su venida, sino también con la consolación con que él había sido consolado en cuanto a vosotros, haciéndonos saber vuestro gran afecto, vuestro llanto, vuestra solicitud por mí, de manera que me regocijé aun más (2 Corintios 7:4-7).

Observemos que, a pesar de su estatura espiritual, Pablo se colocó en la categoría de «los deprimidos». Admitió, tal como lo había hecho anteriormente, en 2:13, que a veces no encontraba reposo de espíritu. Reconoció tener miedo.

Pablo, con todos sus logros espirituales, no era un hombre de acero. Los registros parecen indicar precisamente lo contrario. Fue grande, no por su propia fuerza, sino porque en toda su debilidad, intranquilidad y temor personales fue usado por un Dios de gran poder y propósito.

Más aun, vemos que Pablo no fue un pilar de granito solitario que se elevaba independiente, sin ayuda y sin otros compañeros de la fe en medio del paisaje aparentemente agreste de la iglesia del Nuevo Testamento. No fue una persona que sólo tuviera algo que dar y nada que recibir.

Al aislarnos y no amar a los demás, nos aislamos de Dios, quien desea, a Su tiempo, consolarnos por medio de los demás.

El apóstol no se situó como un hombre de hierro divino que no necesitaba de nadie ni de ninguna otra provisión que no fuera Dios y Dios solo. Una y otra vez, este siervo de Cristo se presentó como alguien que dependía del aliento de los demás tanto como ellos

dependían del estímulo de él (ver 2:1-2).

Pero ¿desmerece esto la suficiencia de Dios? No, porque Pablo puso muy en claro que fue el Señor quien los «consoló con la venida de Tito y no sólo con su venida, sino también con la consolación con que él había sido consolado» (vv. 6-7).

En otras palabras, es posible que aquellos que se apartan de la gente porque temen ser heridos se estén apartando del «Dios de toda consolación». Al aislarnos y no amar a los demás, nos aislamos de Dios, quien desea, a Su tiempo, consolarnos por medio de los demás.

Esto puede resultarle muy difícil a alguien que antes haya sido profundamente herido por otras personas. Es probable que en su interior exclame: «¡Se terminó! ¡Voy a olvidarme de la gente, tengo a mi perro!» Esto es comprensible, pero no es el método de Dios. Como regla, nuestro Señor no consuela a

aquellos que cuidan más a las plantas, las mascotas, el trabajo o los libros que a las personas. Y, por lo general, tampoco consuela a quienes tratan de representar el papel del cristiano solitario. Nuestro Señor tiene un sistema especial de utilizar personas para consolar a personas que consuelan a personas.

Medita en 2 Corintios 7:4-10.

1. ¿Hasta qué grado necesitó Pablo consuelo? (v. 5).
2. ¿Qué dice esto acerca de las expectativas equivocadas?
3. ¿Cuánto consuelo encontró Pablo en la tribulación? (v. 4).
4. ¿Cómo consoló Dios a Pablo? (v. 6).
5. ¿Por qué Dios mismo no fue suficiente para Pablo? (v. 6).
6. ¿Cuál fue la fuente secundaria del consuelo de Pablo? (v. 7).
7. ¿Qué nos dice esto acerca del consuelo de Dios?

EN LA FUERZA QUE SOSTIENE (2 CORINTIOS 12:7-10)

Esto nos lleva a otro principio del consuelo que tal vez sea la verdad más alentadora de todas. ¿Cuál es esta verdad? La respuesta no es que ciertamente vendrán tribulaciones, porque esto es algo que ya sabemos y que no consuela mucho. Tampoco hay mucho consuelo en saber que la consolación de Dios la encuentran aquellos que se unen totalmente a Él en Su amor a las personas. Si bien esto es cierto, se trata de una verdad que, probablemente, siempre haga que la mayoría de nosotros nos sintamos terriblemente incompetentes. Los ideales elevados pueden producir este sentimiento, pero también lograr algo más que inspirarnos; es decir, mostrarnos lo mucho que nos falta para llegar adonde debemos estar. ¡Y quién no se siente vilmente egoísta y egocéntrico cuando se

compara con el amor que Dios ha mostrado hacia nosotros!

La experiencia de Pablo nos enseña que el Señor puede proveer una fuente de fortaleza y ayuda internas que son suficientes para sostenernos en la angustia. Pero esta no es la verdad más importante. ¿Cuál es, entonces? ¡Que la ayuda que Dios nos da no sólo es suficiente, sino que también es inmerecida! El consuelo divino basta, y no tenemos que sentirnos merecedores de él.

La gracia es «el favor y la ayuda inmerecida provenientes de Dios». Esta ayuda inmerecida es la que reciben aquellos que han sido lo suficientemente quebrantados como para doblar las rodillas de su corazón delante de Él. Es esa ayuda inmerecida en la cual Pablo encontró tanto consuelo:

Y para que la grandeza de las revelaciones no me exaltase desmedidamente, me fue dado un aguijón en

mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetea, para que no me enaltezca sobremanera; respecto a lo cual tres veces he rogado al Señor, que lo quite de mí. Y me ha dicho: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad. Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo (2 Corintios 12:7-9).

En otras palabras, el Señor sabe de qué estamos hechos, aun cuando nosotros no lo sepamos. ¿Qué efecto tuvo esto en Pablo? Bueno, no sabemos si quedó temporalmente devastado o no, pero terminó en el lugar correcto. Concluyó afirmando que la gracia de Dios, algo que él no merecía, era todo el consuelo que necesitaba.

El mensaje que nos transmite debe ser claro. Busca conocer a Dios según Sus condiciones. Desea unirse a Él en Su amor a los demás. Aprende a ver la vida como

Él quiere que la veas. Pero, aun cuando hayas hecho todo esto, no esperes merecer nada a lo largo del camino. Todo el consuelo que podamos esperar es un consuelo que no merecemos. No obstante, alabado sea el Señor, quien se deleita en dar ese consuelo inmerecido a aquellos que están quebrantados y humillados delante de Él.

Medita en

2 Corintios. 12:7-10

1. ¿Por qué Pablo necesitaba estar atribulado? (v. 7).
2. ¿Qué consuelo hay cuando la respuesta de Dios a nuestra oración es no? (vv. 8-9).
3. ¿Qué consuelo hay en saber que no merecemos la ayuda y el consuelo del Espíritu?

DÓNDE EMPEZAR

Hemos estudiado las condiciones bajo las cuales el Espíritu Santo de Dios nos acompaña para consolarnos, fortalecernos y tranquilizarnos. Hemos visto que Él está con nosotros, no para reforzar nuestra propia forma de hacer las cosas, sino para consolarnos y fortalecernos según los métodos de Dios.

Más importante aún es que el consuelo del Espíritu Santo no comienza al tener la mente centrada en el mismo Espíritu de Dios. La fuerza interior llega cuando concentramos nuestra atención en el Señor Jesucristo, cuando escuchamos a Aquel que envió al Espíritu, Aquel que dice:

No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.

Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy. [...] Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí (Juan 14:1-4; 6).

El primer paso es decirle que sí a Él. ¿Lo has hecho? ¿Reconoces tu pecado e indignidad para acercarte al Padre por tus propios méritos? Si no estás seguro, lee Romanos 3:1-23. Después, una vez que tomes conciencia de tu bancarrota espiritual, colócate bajo la misericordia de Cristo. Confía en Él para que te salve del pecado, para que sea el único que te lleve al Padre y al tipo de consuelo que, tanto en esta vida como en la próxima, sólo Él puede dar.